

Nunca es tarde para cumplir un sueño: **mi camino hacia la educación**

experiencias

Por María Cristina Peñaherrera
(mcpenaherrera10@gmail.com)



Desde que tengo uso de razón, siempre supe que quería ser profesora. Recuerdo con claridad los días en los que organizaba mi propio colegio junto a mis primas. Teníamos todo: alumnos de juguete, pizarras improvisadas y hasta un servicio de transporte escolar imaginario. Ser maestra no era solo un juego, era mi vocación.

Mi orgullo por la docencia también tiene raíces familiares profundas. Vengo de una familia de maestras, mujeres que han dejado huella en generaciones enteras. Mi bisabuela, Margaret Scovitch de Cabrera, fue una eminencia en la educación.

Hasta el día de hoy, hay personas que me preguntan si soy su bisneta y me cuentan cómo marcó sus vidas. Ese legado me llena de emoción y responsabilidad. Mi mamá, mi tía y mi tía abuela tam-

bién siguieron este camino. Para mí, la educación es más que una profesión, es un compromiso con la transformación social.

Sin embargo, no estudié educación como mi primera carrera. Las opiniones externas pesaron más que mi propia voz. Escuché frases como “tú puedes más” o “no vas a ganar bien”, y poco a poco dejé de lado mi sueño. No ha pasado un solo día en el que no me arrepintiera de esa decisión.

Si hay algo que he aprendido, es que nunca debemos dejar que otros decidan por nosotros. Nuestros sueños, por pequeños o grandes que sean, son válidos y merecen ser perseguidos. Nadie más que tú sabe lo que realmente te hace feliz.

No obstante, el destino tenía otros planes. A través de diferentes trabajos, volví a conectar con mi pasión por la educación, especialmente en proyectos sociales. Mi camino me llevó a trabajar en India, Marruecos, Paraguay, España y Ecuador, siempre con un enfoque en el impacto educativo y social. Cada experiencia reavivaba esa chispa dentro de mí.

Luego llegó la pandemia y, por diversas circunstancias, terminé en el mundo corporativo. Desde el primer día supe que no era para mí. Cumplía con mis responsabilidades, pero sin ilusión, sin motivación. Sentía que me apagaba poco a poco.

Hasta que un día, decidí que era momento de escucharme a mí misma. Dejé atrás el miedo, los comentarios negativos y las dudas, y finalmente me lancé a es-

tudiar Educación. A mis 35 años, decidí que nunca es tarde para cumplir un sueño.

Hoy, me siento feliz, tranquila y emocionada por lo que está por venir. Estoy a punto de culminar mi Teaching Fellowship en la Universidad San Francisco de Quito, un proceso de aprendizaje que me ha reafirmado en mi vocación.

A lo largo de mis estudios, he tenido profesores que me han marcado, algunos de forma positiva y otros como ejemplo de lo que no quiero replicar en mi aula. Pero si algo tengo claro es que quiero enseñar con pasión, como lo hizo mi profesora de tercer grado, quien me hizo amar la lectura y la escritura. Quiero inspirar a mis alumnos con la historia y motivarlos a convertirse en los agentes de cambio que el mundo tanto necesita.

Diversos estudios han demostrado que trabajar en lo que te apasiona tiene un impacto significativo en la salud mental. Según la Asociación Americana de Psicología (APA), las personas que se sienten realizadas en su trabajo tienen un 33% menos de riesgo de padecer ansiedad y depresión.

Otro estudio publicado en *The Lancet Psychiatry* indica que la insatisfacción laboral puede aumentar hasta en un 50 % el riesgo de desarrollar problemas emocionales a largo plazo. Pasamos casi un tercio de nuestras vidas trabajando, y hacerlo en un entorno que no nos motiva puede afectar nuestra autoestima, bienestar y hasta nuestra salud física.

Por eso, elegir un camino que nos haga sentir plenos no es solo una cuestión de éxito profesional, sino también de calidad de vida.

Ser maestra, además, implica una profunda responsabilidad ética. Educar no es solo transmitir conocimientos, sino formar ciuda-



danos críticos, empáticos y comprometidos con su entorno.

Un maestro tiene el poder de marcar vidas, de abrir caminos y de sembrar valores que trascienden el aula. Además, la educación es un acto de justicia social: es la herramienta más poderosa para reducir desigualdades y construir sociedades más equitativas. Por eso, enseñar con integridad, compromiso y respeto no es solo un deber profesional, sino un imperativo ético.

Si hay algo que he aprendido, es que nunca debemos dejar que otros decidan por nosotros. Nuestros sueños, por pequeños o grandes que sean, son válidos y merecen ser perseguidos. Nadie

más que tú sabe lo que realmente te hace feliz. No permitas que el miedo, las expectativas sociales o los prejuicios te alejen de lo que realmente deseas. Si te apasiona algo, lucha por ello.

No hay una edad, un momento “correcto” o una fórmula mágica para cumplir nuestros sueños, solo el valor de escucharnos y tomar acción. La vida es demasiado corta para vivir cumpliendo los sueños de otros y no los propios.

Hoy no solo estoy cumpliendo un sueño, sino que también estoy tomando una decisión ética. Trabajar en lo que amo no es un lujo, es un acto de honestidad conmigo misma y con mis principios.

Ser maestra no es solo mi vocación, es mi compromiso con la educación y con cada estudiante que entrará a mi aula.

Nunca es tarde para volver a empezar. Nunca es tarde para cumplir un sueño.

Diversos estudios han demostrado que trabajar en lo que te apasiona tiene un impacto significativo en la salud mental.